

HIPOLITO TAINÉ Y LA REVOLUCION FRANCESA

La obra de Hipólito Taine representa, ante todo, un movimiento de reacción, en el campo de la historiografía, frente a las exageraciones subjetivistas y sentimentales del Romanticismo. El historiador no pretende ya, como un Lamartine o un Michelet, reflejar en sus escritos su propia personalidad, con sus preferencias, sus simpatías y sus ideales; antes bien se propone hacer labor científica, impersonal en la medida de lo posible, teniendo como norma suprema la reproducción fiel de la realidad según los datos aportados por una investigación objetiva y documentada. Lejos de un Lamartine, que hizo la novela de la historia; de un Michelet, que se elevó a las regiones de la epopeya; de un Luis Blanc, arrastrado por el vendaval de la política; de un Carlyle, aficionado a los pequeños cuadros llenos de animación y colorido —para mencionar sólo a los historiadores de la Revolución—, la historiografía positivista trabajará obedeciendo a los dictados de la literatura naturalista contemporánea; es decir, aspirando, ante todo, a dar una versión minuciosa, fotográfica casi, de la realidad, aún en sus aspectos más amargos y sombríos.

En 1864, Taine publica su *Historia de la literatura inglesa*, cuya introducción se cita a menudo como uno de los escritos fundamentales en que puede leerse la doctrina profesada por el positivismo. En este texto y en el tratado sobre la *Inteligencia*, aparecido en 1870, el autor expone los supuestos sobre los que se apoya la labor científica inspirada por la escuela de Comte. Ambos libros preconizan la aplicación de los métodos de la ciencia experimental al estudio de la civilización y en ellos Taine se muestra tributario de las doctrinas deterministas, según las cuales la conducta humana está condicionada por factores hereditarios y ambientales. No falta la ocasión en que el escritor se ve envuelto en una polémica con una de las principales figuras del pensamiento católico de aquel tiempo: es el célebre obispo Dupanloup, a quien cuyo destacada participación en el I Concilio Vaticano; impugna éste a aquél sus teorías, considerándolas inconciliables con la moral católica, para la cual el hombre es un ser libre cuyos actos no están condicionados por ninguna determinación ajena a su conciencia.

Pero en esto Taine no hacía sino ponerse al servicio de las ideas filosóficas

en boga, respondiendo rigurosamente al magisterio de Comte y del cientificismo dominante (1). Aparece así definida por él la historia como una ciencia análoga a la filosofía o la zoología; aún llegará a decir, en el colmo de su fervor positivista: «la virtud y el vicio son productos como el azúcar y el vitriolo». No hay que olvidar que en su juventud el futuro gran historiador se había aplicado a serios estudios de medicina y anatomía, acreditando con esto su entusiasmo por la observación exacta y por los estudios experimentales. Más adelante, a lo largo de su fecunda y múltiple actividad de escritor, no dejará de corroborar su condición de discípulo y seguidor de Comte, como puede verse en sus estudios de historia literaria o en su *Filosofía del arte*, obra a la que está reservada, sin duda, la perennidad de los clásicos no obstante sus muchas limitaciones de índole metódica.

1870 es el año de la invasión prusiana y del derrumbamiento del segundo Imperio. Un hondo desastre se ha abatido sobre Francia y aún pueden presagiarse, en vista de la agitación social reinante y de la incertidumbre política en que la nación se encuentra, nuevas e imprevisibles perturbaciones. En presencia del enemigo victorioso va a desarrollarse, en los primeros meses del año siguiente, una serie de sangrientos episodios que constituirán, al decir de un conocido escritor, «uno de los dramas más atroces de la historia social francesa» (2). Durante nueve semanas, París se convertirá en el escenario de una cruenta lucha entre las fuerzas regulares del Ejército y las facciones socialistas, que, tras haber enarbolado la bandera roja en el Ayuntamiento parisino, se pondrán a proclamar para Francia un Gobierno comunal y proletario; desde el 18 de marzo al 24 de mayo de 1871, la población de la capital habrá de sufrir los efectos de una lucha sin cuartel a la que se sumarán los estragos del hambre y las destrucciones materiales en medio de las intimidaciones que ambos bandos se dirigen, amenazándose mutuamente con dar muerte a sus rehenes.

La historia conoce aquella insurrección con el nombre de la Comuna de París. Taine está allí como testigo de la tragedia. Su espíritu sensible, amante del orden y respetuoso de la autoridad, como el de todo buen positivista, retendrá para siempre la imagen de aquellos sucesos, desde cuya perspectiva habrá de juzgar el curso entero de la historia contemporánea de Francia. Ha visto él acumularse en aquellos breves e intensos días todos los males que pueden causar la desintegración de un país; a la furia de los sublevados ha respondido la implacable represión decretada por el Gobierno republicano; París y Versalles se han convertido en el símbolo del enfrentamiento de dos bandos que luchan a muerte disputándose los residuos de una soberanía que soporta la igno-

(1) TAINÉ conoció tardíamente a COMTE, pero hay una manifiesta coincidencia entre sus ideas originales y las que debió a la influencia del filósofo positivista.

(2) J. J. CHEVALLIER: *Histoire des institutions politiques de la France moderne*. Dalloz, París, 1958, pág. 300.

minia de la ocupación extranjera. Una división clasista aqueja el alma de Francia, produciendo en el proletariado un rencor del que es símbolo el encarnizamiento de la resistencia cuando los amotinados, perdida ya toda esperanza, se defienden hasta morir, envueltos en el humo de sus reductos incendiados. Las Tullerías y el Ayuntamiento, destruidos por las llamas; el museo del Louvre, a punto de desaparecer, junto con todos sus tesoros; varias iglesias y conventos, profanados; el arzobispo de París, dos generales, el presidente del Tribunal Supremo de Justicia, numerosos sacerdotes, ejecutados junto a otros muchos rehenes. Metódicamente, ferozmente, fueron castigados los rebeldes en el momento mismo de la lucha y aun largo tiempo después de haberse acallado los últimos focos de resistencia. El general Cavaignac adquirió, en el curso de las represiones, fama de hombre severísimo, concitándose desde entonces el odio de los sectores obreros; muchos de los cabecillas fueron deportados luego a Cayena, y de este modo pareció aplastado por mucho tiempo todo fermento de insurrección social (3).

¿Qué caminos había seguido Francia para verse conducida a tales horrores? ¿A qué orden de causas debía atribuirse la doble calamidad de la derrota ante el enemigo y de los feroces desbordes de la Comuna? Ciertamente, el juicio de Taine ante el estado actual de su patria no podía ser optimista. La Comuna le parecía constituir el síntoma inequívoco de una grave enfermedad en el cuerpo de la nación. Un sentimiento de dolorido e intenso patriotismo hubo de conmover el ánimo del sabio y ya maduro historiador. Para remediar los males que la afligían, Francia debía, ante todo, hacerse cargo de la índole verdadera de esos males para investigar luego sus causas y esclarecer la forma en que se originaron. Con todo el peso de su sabiduría y de su experiencia, se entrega Taine a esta indagación desde 1871 hasta 1875, año en que aparece el primer volumen de *Los orígenes de la Francia contemporánea*. Después de haber vivido la durísima experiencia de la Comuna ha llegado él a la conclusión de que los antecedentes de la actual postración nacional se encuentran en un acontecimiento ya lejano, pero del que derivan todos los males presentes; ese acontecimiento es la gran Revolución, desde la cual Francia viene arrastrando todos los factores nocivos, que han terminado por explotar en la tragedia de 1871.

Tal conclusión no podía ser más sorprendente para quienes hubieran seguido la trayectoria intelectual del escritor. ¿Cómo? ¿La Revolución francesa encausada, sometida a juicio, considerada como fuente de los desastres nacionales, y ello por obra de las investigaciones históricas de un hombre que hasta entonces había sido tenido por el supremo mentor del pensamiento radical y del positivismo?

(3) JEAN T. JOUGHIN: *The Paris Commune in French Politics. 1871-1880*. John Hopkins, University, Baltimore, 1955; vol. I, cap. I.

Aquel mismo año de 1871, unos cuantos antes de que *Los orígenes* viesan la luz, aparecen las *Notas sobre Inglaterra*, obra fundamental para seguir la evolución que en aquella vuelta de su vida experimenta Taine, especialmente en orden a la preocupación política que, en adelante, habrá de ser absorbente, decisiva. No oculta el autor su simpatía por las instituciones inglesas, siguiendo una inspiración que es común a la corriente del historicismo posterior a 1789. La observación atenta de las formas de vida inglesas induce al autor a intentar la siempre atractiva faena de comparar esas formas de existencia con las que predominan en Francia. La admiración de Taine por la evolución política de Inglaterra es correlativa de su impresión pesimista ante la historia reciente de su propio país. Al contrario de Francia, cuya vida política acusa tan graves anomalías, Inglaterra es un ejemplo de constitución social sana y vigorosa. «Desde 1879, los franceses han actuado en parte como locos y en parte como niños.» Los trastornos continuos que desde entonces han desgarrado a la nación despiertan en Taine la imagen de «un caballo resabiado montado por malos jinetes». He aquí una comparación que muy bien puede representar lo que ha venido siendo la historia de Francia desde la Revolución.

A través del paralelo entre ambos pueblos trazado en este libro puede medirse la hondura del sentimiento historicista, que es, en este momento de la vida del escritor, la piedra de toque de sus inquietudes intelectuales. Muy pronto se advierte la semejanza de su pensamiento con el de Burke, como cuando afirma que la constitución británica «es estable y no corre, como la nuestra, el peligro de ser violentamente deshecha y rehecha cada veinte años»; por lo demás, ella se presta a ser continuamente mejorada sin necesidad de sufrir violentas sacudidas. Si, en cambio, se mira a los franceses - «los pobres franceses»—, se les encuentra viviendo siempre como de paso, sin arraigar en nada duradero, dando la impresión de que son sólo de ayer, pues lo que ellos han demolido ha sido preciso rehacerlo una y otra vez. Mientras tanto, en Inglaterra, «la generación consecutiva no rompe con la precedente, las reformas se superponen a las instituciones, y el presente, apoyado sobre el pasado, lo continúa». La historia de Inglaterra suministra el ejemplo de un pueblo en el cual «toda obra útil elaborada a lo largo de los siglos se ha transmitido y acumulado sin pérdida».

A juicio del autor, la vida inglesa admite la comparación con un cálido ambiente familiar donde los jóvenes que inician su carrera se ven integrados de un modo tan espontáneo y natural que «allí se encuentran hasta cierto punto contenidos y guiados por un conjunto de creencias antiguas, populares, fortificantes, que les proporcionan una regla de conducta y una idea noble del mundo». ¿Podría hallarse una mejor definición de lo que Edmundo Burke entendía por los prejuicios? «En política, en religión, el inglés encuentra

a los veinte años un sistema plenamente organizado, a cuyos cuadros sus gustos y sus facultades se han adaptado de antemano. De este modo escapa más fácilmente al escepticismo; sabe él ya muy pronto cuál es el lugar que le corresponde; así, vacilará mucho menos hasta encontrar la manera adecuada de emplear sus fuerzas.»

La contraposición simbólica de los jardines ingleses y de los franceses —usual también en otros autores— vuelve a comparecer en el análisis comparativo de Taine. Hablando de la educación inglesa, escribe: «En resumen, la naturaleza humana está aquí más respetada y más intacta. Con arreglo a esta educación, los niños se asemejan a los árboles de un jardín inglés; con arreglo a la nuestra, se parecen a las alamedas recortadas y alineadas de Versalles.» Esta visión gana hondura y perspectivas cuando se observa la relación existente entre la libre expansión de la naturaleza y el orgánico crecimiento de las ciudades, en especial de las viejas villas universitarias de Inglaterra, a las cuales dedica Taine algunas de las más admirables páginas de sus *Notas*. Los edificios que cobijan aquella fértil tradición parecen enraizados en la tierra con el mismo derecho que los árboles centenarios que los flanquean; «no se siente allí la regularidad mecánica, la impronta oficial; cada colegio se ha desarrollado por sí solo, cada edad ha construido a su modo.» Es en Oxford donde el devoto viajero se siente más fuertemente impresionado por el encanto que fluye entre sus piedras y arboledas venerables. «Los trabajos e invenciones de seis siglos se han acumulado en esta suerte de museo natural» formado por el conjunto de los viejos colegios, observa el escritor. Es, al mismo tiempo, el filósofo del arte y el historiador el que se siente impelido a exclamar: «¡Uno se siente tan bien entre las viejas cosas! Tanto más cuanto que aquí ellas no son nada más que viejas, en modo alguno descuidadas o semiarruinadas, como en Italia, sino piadosamente conservadas, restauradas, y, desde su fundación, siempre entre las manos de guardianes ricos, respetuosos, inteligentes.»

* * *

La visión que Taine nos ha transmitido de Inglaterra y de sus formas de vida está vinculada, sin duda, a un concepto hondamente pesimista de los rasgos que presenta la vida pública en su propia patria. Las *Notas sobre Inglaterra* venían a ser como el exordio o anticipo de la tesis que habría de desarrollar la obra monumental aparecida entre el 75 y el 93, año de la muerte del autor. El primer volumen de *Los orígenes*, dedicado a examinar la sociedad del Antiguo Régimen, contiene un significativo prólogo en el que el autor no oculta su desacuerdo con los postulados democráticos: «Diez millones de ig-

norancias no hacen un conocimiento.» En sus líneas generales, el juicio crítico de Taine no se aparta del que guió a Tocqueville en su análisis de la sociedad prerrevolucionaria. Desde sus primeros tomos, *Los orígenes* revelan ya el riguroso método histórico con que el gran erudito ha compuesto la totalidad de su obra. Los archivos provinciales, las cuentas del Tesoro, los periódicos, los documentos oficiales, han sido laboriosamente consultados por el historiador. Tiene un valor muy especial la parte en que se describe la situación de los campesinos, respecto de la cual el autor emite los juicios más desfavorables, bajo la impresión de la aguda miseria en que a su juicio viven aquéllos, abrumados como están por los impuestos y por las exacciones de la nobleza. Respecto de ésta, así como de la Iglesia, opina que «han olvidado sus deberes y sus responsabilidades»; uno y otro estado han dejado de prestar los servicios que antaño justificaron sus privilegios. Puede decirse, pues, que la sociedad del Antiguo Régimen, «ya antes de la catástrofe final» está en plena descomposición.

Después de haber descrito el cuadro social de la antigua Francia, el historiador aborda el tema de los principios filosóficos y políticos que forman el ambiente intelectual en que se va a incubar la Revolución. ¿En qué consistía esencialmente la filosofía del siglo XVIII? Tal es la pregunta decisiva a la que responde esta parte fundamental del libro.

El culto de la razón ha dado su carácter al siglo XVIII. El racionalismo está presente en la literatura, en la filosofía, en el arte, en la política, en las ideas religiosas de la época. Taine propone, para designar en su conjunto estas tendencias, una denominación que no ha tenido fortuna; en efecto, la expresión «espíritu clásico» no ha sido recogida por la crítica posterior, pues no parece necesario emplear otro rótulo donde simplemente puede decirse «racionalismo».

Los racionalistas comienzan por desdeñar la Historia, Opónese así la razón a la tradición. «En primer lugar se ignoraba la Historia; desesperaba la erudición, por enojosa y pesada; se menospreciaban las doctas compilaciones, la vasta documentación, el lento trabajo de la crítica. Voltaire se burlaba de los benedictinos.» «Se carecía de imaginación simpática; no se sabía salir de sí mismo, transportarse a distintos puntos de vista», «figurarse los momentos en que el espíritu humano da a luz una institución, una religión, un Estado.» «La razón racionante no podía concebir tales figuras; para encajarlas en un marco rectilíneo era necesario reducirlas o rehacerlas.» «No podía sospechar que el edificio gótico tenía su belleza, su armonía.»

No menos incapaz de comprender el presente que el pasado, el racionalismo pierde de vista al individuo concreto, al hombre viviente en sus caracterizaciones reales de tiempo y lugar. No existe para él el campesino, el obre-

ro, el burgués provinciano; la filosofía de la época todo lo reduce a fórmulas, lo uniformiza todo, lo diluye todo entre vagas abstracciones; no existe para ella más que «el hombre en sí, el mismo en todas las condiciones, en todas las situaciones, en todos los países, en todos los siglos». La política habrá de organizarse, así, teniendo como materia prima estos seres abstractos, sobre el modelo de las matemáticas: «se da por supuestos a unos hombres nacidos a los veintiún años, sin padres, sin pasado, sin tradición, sin obligaciones, sin patria y que, reunidos en asamblea por vez primera, se disponen por primera vez a tratar entre ellos.» Estos individuos son todos iguales, pues, al entrar en una definición intemporal y genérica, les ha sido suprimida toda cualidad extrínseca y diferenciadora, toda concreta determinación existencial.

He aquí a un Sieyés, desdeñoso como pocos de la Historia, para quien la política se reduce a una mecánica racional, disponiéndose a elaborar la Constitución definitiva de Francia; la política es para él ya una ciencia acabada, es decir, perfecta; de un solo golpe, por un esfuerzo del pensamiento, a la manera de Descartes, él ha concebido sus líneas definitivas y universales. Aleccionados por Sieyés, los franceses pensarán que la invención súbita de una Constitución, según un patrón nuevo y con arreglo a las simples medidas de la razón, no es una empresa que sobrepase las fuerzas del espíritu humano; se han habituado así a la idea de que una Constitución se construye como una casa, sin advertir que la naturaleza y la Historia han escogido ya por nosotros y que, por lo tanto, nos corresponde a nosotros acomodarnos a ellas y no a la inversa.

He aquí a un Condorcet persuadido de que el nuevo método racional constituye «el último paso de la filosofía, el que ha puesto en cierta forma una barrera eterna entre el género humano y los viejos errores de su infancia». El siglo XVIII reposa sobre la certidumbre de que el momento definitivo de la humanidad ha llegado. Hasta entonces, sometida a la autoridad y a la tradición, ella vivió bajo tutela, en estado de dependencia espiritual. Una línea clarísima divide al viejo hombre desprovisto de razón del nuevo hombre razonable. Ahora el reinado de la verdad y del derecho va a comenzar. Atrás quedan las tinieblas de la ignorancia, el oscurantismo de la Edad Media; empieza ahora la época de las luces.

Es comparable la situación de Francia, al finalizar el siglo XVIII —piensa Taine—, a la de un hombre desnutrido que bebe con avidez toda suerte de licores fuertes hasta caer al suelo, descompuesto, «súbitamente atacado de parálisis en la cabeza», sin poder gobernar sus miembros, que se sacuden en un extraño delirio. El *Contrato Social*, junto con otros brebajes semejantes, ha emponzoñado el alma de Francia. Después de que la ideología embriagadora

ha operado su perturbadora influencia, se diría que «el peligro del delirio alegre ha terminado; el período del delirio sombrío va a comenzar».

La idea dominante entre los historiadores que se han ocupado de la Revolución francesa sin ocultar sus simpatías hacia ella, es que en ésta deben separarse claramente dos etapas, idealista la primera y terrorista la segunda. Los nobles ideales que informaron la primera época desaparecen en la segunda cuando una turba de malvados se adueña del Poder, traicionan aquellos ideales y prostituyen la Revolución. Conocido es el caso de Mortimer Ternaux, autor de una *Historia de la Revolución*, publicada en el siglo XIX, o el todavía más significativo de Edgar Quinet, quien hace «la crítica de la Revolución en nombre de la Revolución»; aceptan ellos los hechos de 1789, así como los principios que los inspiraron; pero, en cambio, condenan el curso ulterior de la Revolución desde que ésta desemboca en el Terror.

Este punto de vista es inaceptable para Taine. El estudio minucioso de las fuentes le ha hecho ver que el Terror estaba presente en la Revolución desde su comienzo. «El *alba dorada* no existió nunca; los hombres moderados no gobernaron nunca el timón. Los sanos principios no prevalecieron jamás. El derramamiento de sangre y la rapiña empezaron inmediatamente y el tigre humano saltó de su madriguera.»

No omite el autor los tintes sombríos y los durísimos epítetos a la hora de condenar la Revolución con todos sus horrores. Desencadenada la anarquía —sigue diciendo—, los instintos sanguinarios de la selva se apoderan de los jefes de banda, en tanto que parece haberse extinguido todo sentimiento de compasión, de cordura, de caballerosidad; Francia se encuentra en plena disolución, abandonada a la ferocidad de los asaltantes. La crueldad llega a extremos inauditos en la saña con que los Representantes en Misión se entregan a su tarea. Los bárbaros germanos, al asolar el Imperio, no procedieron con mayor brutalidad.

De todo este caos sangriento son culpables, ante todo, los utopistas, para quienes no hay que hacerse cuestión de los métodos, puesto que, según ellos, ante la grandeza de los fines invocados, no importará ni poco ni mucho la calidad o la moralidad de los procedimientos. Sigamos al historiador Gooch en su concisa exposición del pensamiento de Taine: «La Asamblea Constituyente sembró algún germen provechoso en el terreno del Derecho privado; pero en la esfera de la reorganización social y política actuó como una academia de utopistas. Igual que un cirujano ciego, destruyó no sólo los tumores, sino los órganos vivos. Sólo le faltaba cometer un error y éste lo hizo decidiendo que ninguno de sus miembros ocupara un lugar en la entidad que le sustituyó. La «anarquía espontánea» de 1789 se había convertido en la «anarquía legal» de 1791.»

La Revolución, desbordada ante las demasías de quienes han perdido su control y no tardarán en ser sus víctimas, no puede ser mirada, según Hipólito Taine, sino como la obra del fanatismo. Una sangrienta tiranía se ha establecido, en el país de los «ilustrados» y «filósofos», en nombre de la soberanía del pueblo y de otros «sagrados principios». Los teorizantes, los ideólogos, los incansables retóricos de los clubs y las asambleas, éstos son los hombres que han precipitado a Francia y a Europa en un espantoso abismo de rencor y violencia. El peor despotismo nace del peor de los fanatismos: el de los ideólogos. Ahora bien; los dogmas en que se apoyan los revolucionarios-ideólogos de 1789 son esquemas vacíos, abstracciones desligadas de la realidad. A fuerza de fórmulas axiomáticamente aplicadas a la realidad, a fuerza de razón pura, Francia se ha embriagado de intelectualismo estéril, de retórica y de principios generales. ¿Qué hacer para que la nación vuelva a la normalidad y recobre el sentido de lo positivo, de lo real, de lo tangible? Para Taine, espíritu práctico ante todo, dominado por la pasión de lo concreto, la cosa no ofrecía dificultad ninguna; había que llenar «con cifras, hechos y documentos las cabezas que, si siguen vacías, albergarán utopías». ¿No había él mismo concedido gran importancia a las estadísticas en sus investigaciones sobre el estado social de Francia antes de la Revolución? ¿No había puesto en un primer plano a los datos suministrados por la observación rigurosa al referirse al método que debe informar la actividad del historiador?

No puede ser otro el criterio que guíe al político, al estadista que verdaderamente merezca este nombre. De ahí la irritación que causa al autor el «espíritu de sistema», el afán simplificador, que tan manifiestamente aparecen en la personalidad y en la obra de los revolucionarios. Como es sabido, la requisitoria de Taine va dirigida principalmente contra los jacobinos, en el capítulo de su obra donde supo pintar con mano maestra la psicología de aquellos hombres fríos, incommovibles, tan ajenos a la vida. Aquel capítulo ha servido de pauta, sin duda, a la caracterización de Evaristo Gamelín, el personaje de *Los dioses tienen sed*, de Anatole France, en quien quiso representar el gran novelista a un miembro del Comité de Salud Pública, idéntico en la fría decisión revolucionaria a los miembros del célebre club, tal como los describe Taine. El acierto del análisis es indiscutible, por mucho que quieran restársele méritos en vista del apasionamiento y falta de serenidad que en general se advierten en el texto; sin embargo, es incuestionable que el retrato de los jacobinos hecho por Taine permanecerá como un testimonio imperecedero del genio del autor, acaso como la muestra más impresionante de la profundidad de su visión histórica.

Todo hombre de Estado —piensa Taine— tiene que contar en el curso de su actuación política con ideas generales y principios abstractos. ¿Qué hará

el político prudente, el legislador experimentado, al encontrar en su camino un principio abstracto? Lo utilizará, ciertamente, a beneficio de inventario, pensando en las consecuencias que acarrearía su aplicación; en caso de decidirse a obrar con arreglo a tal principio, procederá siempre con la debida cautela, en virtud de la delicadeza y fragilidad del material humano a quien sus actos van destinados. El político sagaz prevé, calcula; está dispuesto a corregir y a enmendar sus resoluciones según la experiencia práctica lo aconseje; sabe él muy bien que es preciso proceder gradualmente, sin apresuramiento, por la vía del ensayo y del tanteo; pero siempre pensando en los seres vivos, reales, con quienes hay que tratar y a quienes hay que representárselos como sujetos de necesidades concretas siempre variables. En el extremo opuesto está situado el jacobino; sólo cuenta él con axiomas de geometría política que llevan en sí mismos su propia prueba; su cerebro está poblado nada más que con nociones de carácter abstracto y con palabras grandiosas y vagas; los hombres reales, en cambio, no aparecen por ningún lado; no tiene él ojos para verlos. Si por la vía de la experiencia algún dato de la realidad se obstina en mostrarse contrario a aquellas nociones y juicios *a priori*, tanto peor para la realidad. Los hechos deben ser sacrificados en provecho de las fórmulas; unos y otros son necesarios para el político prudente, pero es el caso que para el jacobino no hay más que fórmulas, pues ellas son ya, según él, la verdadera realidad. La Francia viviente, la tragedia inmensa que pesa sobre veintiséis millones de personas de carne y hueso, no está presente en el fárrago de los discursos plagados de generalidades sin sustancia que ensartan estos ideólogos tan fácilmente transformados en energúmenos.

La sociedad sobre la que los jacobinos se proponen trazar las líneas de su planificación revolucionaria no está compuesta para ellos sino de «unidades humanas, todas iguales, independientes», obtenidas desde luego por el fácil método de reducir el hombre a un mínimo, es decir, convirtiéndole en una sombra, en una abstracción. Vistas así las cosas, el jacobino ya está dispuesto a actuar; está él persuadido de que «para edificar, como para destruir, su procedimiento rectilíneo es el más rápido y el más enérgico».

Queda expuesta así, en las líneas densas, luminosas, insuperables, de este diagnóstico de la tremenda limitación vital padecida por los jacobinos, la argumentación fundamental esgrimida por el autor contra la Revolución francesa. Los horrores y las crueldades de la Revolución eran ya perfectamente presumibles una vez conocidas las premisas ideológicas del siglo XVIII. Los espíritus dogmáticos, los teorizantes ebrios de recetas lógicas, como un Robespierre o un Siyès, son la contrafigura de un Marat o de un Hebert; pero uno y otro, el dogmatizador y el asesino, no son sino el reverso y el anverso de la misma medalla.

Los cambios que la Revolución trajo consigo eran inevitables, sostiene Taine una y otra vez; la sociedad del Antiguo Régimen estaba en plena descomposición mucho antes de que la gran catástrofe sobreviniese. Aquel estado de cosas no podía subsistir; «pero, en lugar de una reconstrucción sobre principios abstractos, hubiera sido necesaria una reforma y un desarrollo orgánico, de acuerdo con el modelo inglés». La desgracia de Francia ha consistido en que la necesaria transformación pasó por las manos inexpertas de unos hombres en quienes insensiblemente las quimeras se convertían en dogmas.

Los planteamientos polémicos de Taine no podían quedar sin respuesta y, así, han sido muchos los autores que han censurado la parcialidad de aquél, su animosidad preconcebida en contra de la Revolución, su inclinación a «devorar ávidamente toda migaja de testimonio hostil» (Gooch). Por nuestra parte, aun haciéndonos cargo de lo que hubiera de justificado en ciertas, no en todas las críticas hechas a *Los orígenes*, habremos de reconocer en este libro un monumento difícilmente igualable de la ciencia histórica; una obra en la que fue posible confirmar a través de un riguroso método historiográfico las intuiciones más bien teóricas o las consideraciones políticas de un Burke o de un Maistre; una obra llamada a gloria imperecedera, sobre todo por lo que hay en ella de justa reivindicación de los valores históricos frente a la presunción racionalista encarnada en los ideales de 1789.

JORGE SILES SALINAS

R É S U M É

Dans le domaine de l'historiographie, l'oeuvre d'Hippolyte Taine représente avant tout un mouvement de réaction contre les exagérations subjectivistes et sentimentales du romantisme. L'historiographie positiviste devra désormais travailler en se soumettant aux dictées de la littérature naturaliste contemporaine, c'est à dire, en s'efforçant d'offrir une vision minutieuse, voire photographique, de la réalité, dans ses aspects les plus amères et les plus sombres même. L'on cite, souvent, l'avant-propos de son "Histoire de la Littérature anglaise", publiée en 1864, comme l'un des écrits fondamentaux de la doctrine positiviste. C'est dans cet ouvrage et dans le traité sur l'Intelligence paru en 1870, que Taine expose les données de base des travaux scientifiques inspirés par l'école de Comte.

1870 est l'année de l'invasion prussienne et de l'éroulement du Second Empire dont la Commune allait être une des suites. Taine fut témoin de cette

tragédie et son jugement sur l'état de sa patrie ne pouvait pas être optimiste. La Commune s'offrait à ses yeux comme un symptôme de la grave maladie dont souffrait la nation elle-même. Taine va donc employer tout son savoir et toute son expérience pour découvrir quelles pouvaient être les causes de ce double malheur, la défaite et les terribles excès de la Commune. C'est en 1875 que va paraître le premier volume de son oeuvre monumentale "Les origines de la France contemporaine", où il arrive à la conclusion qu'il faut aller chercher les germes du marasme national dans la grande Révolution, la France ayant porté depuis en elle-même tous les facteurs nuisibles qui aboutiraient à l'explosion de la Commune.

Une telle conclusion ne pouvait pas manquer de surprendre ceux qui avaient suivi le cours de la pensée de Taine. Mais c'est précisément en 1871 — quelque années seulement avant la parution des "Origines"— qu'il avait publié ses "Notes sur l'Angleterre", ouvrage fondamental pour celui qui voudrait retracer l'évolution de la pensée de Taine, et notamment tout ce qui a trait à ses préoccupations politiques. Taine n'y cache pas sa sympathie pour les institutions anglaises et nous transmet une vision de l'Angleterre et de ses formes de vie qui se rattache, sans doute, à sa conception pessimiste par rapport aux grandes lignes de la vie publique dans son pays. Les "Notes sur l'Angleterre", nous offrent, au fond, un avant-goût de la thèse qu'il développerait dans son oeuvre fondamentale, "Les Origines", parue entre 1875 et 1893, date de la mort de l'auteur.

Tout en admettant certaines des critiques faites aux "Origines", on ne peut s'empêcher de reconnaître qu'il s'agit d'un monument scientifique difficile à égaler dans la science historique; d'un ouvrage où l'on parvient à confirmer, par l'emploi d'une rigoureuse méthode historiographique, les intuitions plutôt théoriques ou les considérations politique d'un Burke ou d'un de Maistre; d'un ouvrage appelé à jouir d'une gloire impérissable, par ce qu'il offre surtout comme juste revendication des valeurs historiques face aux prétentions rationalistes incarnées dans les idéaux de 1789.

S U M M A R Y

Hipólito Taine's work represents, above all, a movement of reaction in the field of historiography, to subjectivist and sentimentalist exaggerations of the Romantic movement. Positivist historiography will always follow the texts of contemporary naturalist literature, that is to say, with the object of giving a detailed, almost photographic view of reality, even in its most sour and gloomy aspects. The introduction of the "History of English Literature",

which Taine published in 1864, is often quoted as one of the fundamental writings of positivist doctrine. In this work and in the publication entitled "Intelligence", published in 1870, the author exposes the suppositions which form the basis for scientific work inspired by the Comte school.

1870 is the year of the Prussian invasions and the downfall of the Second Empire; and as a consequence the Commune insurrection. Taine is there as a witness of the tragedy, and his opinion, given the state of his country, could not really be optimistic. The Commune seemed to him like the unmistakable symptoms of a serious illness in the body of the nation. With the whole weight of his knowledge and experience Taine gives himself up entirely to the investigation into the causes of the double calamity of the defeat and misfortune of the Commune. The first volume of his monumental work "The Origins of Contemporary France" appears in 1875, in which he comes to the conclusion that the antecedents of the national downfall can be found in the great Revolution, ever since which France has dragged along all the harmful factors which ended up by exploding in the 1871 tragedy.

This conclusion was surprising for those who had followed the writer's intellectual career. But in that same year 1871—a few years before "The Origins"—the "Notes about England" were published, a fundamental work in order to follow the evolution undergone by Taine, especially with regard to political preoccupation, and the author hides his fondness for English institutions. The vision given to us by Taine of England and her ways of living is doubtless connected to a deeply pessimistic concept of the features presented by public life in his own country. The "Notes about England" were a sort or prelude to the thesis contained in the work entitled "The Origins", published between 1875 and 1893, year of the author's death.

In spite of certain justified criticisms of "The Origins", one cannot help by recognize the fact that this book constitutes a monument difficult to equal in historic science, a work in which it was possible to confirm, by means of a rigorous historiographical method, the somewhat theoretical intuitions or the political opinions of a Burke or a Maistre for example; a work of everlasting glory, mainly because of all it contributes to a just recovery of historic values as opposed to the rationalist conceit of the 1789 ideals.

